

La Mosca Blanca



Angel Guimerà

Biblioteca Nacional de España

— ANUNCIOS —

Champagne legítimo de S.^t Hilaire (Francia)

À 4 PESETAS BOTELLA

OSTRAS DE SANTANDER À 8 PESETAS EL CIENTO

COLMADO DEL CRÉDITO: PASAJE DEL CRÉDITO, 5

ESTABLECIMIENTO

DE

Aguas Azoadas

Inhalaciones, pulverizaciones

PELAYO, 2

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los Miércoles de La Mosca

Pues nó, señores: salió huera aquella ilusión mía, que el miércoles pasado no hubiera querido cambiar por la más hermosa de las realidades, cuando emocionado y venciendo el rubor natural, me atreví á hablar de ella: no he sido ministro, tal vez *por un punto*, puesto que alguno lo ha sido á quien lo mismo esperaban Vdes. ver desempeñando una cartera que á mí.

¡Qué le hemos de hacer! ¡Cosas de España! No hacer ministro, por lo menos de Gracia y Justicia ó de Marina siquiera, á un hombre como yo, que, sobrè no entender una palabra de política, tiene la ventaja de que vive en Gracia por duplicado (es decir, en el pueblo de Gracia y en la de Dios) y que pasea además todas las tardes por el muelle, y por consiguiente he visto más veces el mar que el mismo Beranger, si á mano viene!...

¡Y si al menos hubiera sido postergado de otro modo, y Concha Castañeda nos hubiera resultado una bailarina guapa, menos mal; pero... en fin, esperaré resignado la nueva hornada, y alguna vez... (lo diré en ripio):

*Como para otros sale por Antequera,
saldrá para mí el sol... por donde quiera.*

Los yankées son el mismo demonio; no esa obra nueva que se ha estrenado en el teatro Eldorado (que por cierto es bonita y merece verse, aunque no conozco personalmente á los autores) sino el otro; el demonio capaz de inventar la *circulatura del cuadrado*, que digo yo que será lo mismo que la cuadratura del círculo, fundando mi opinión en las corazonadas de Martínez Campos.

El último descubrimiento que tenemos que agradecerles (por lo menos el último de que nos dan cuenta los periódicos) es un remedio eficaz para curar esa enfermedad que se parece tanto al Banco en que nos hace *cambiar la peseta*, y no precisamente por papel de estraza, que es por lo que aquel nos hará cambiar la última; me refiero á la borrachera, como habrán podido ustedes suponer, con perdón, y más que á la borrachera, en el sentido de *pasillo instantáneo-bailable*, á la afición á la bebida, que es la que tiene la culpa de que, para

un público muy numeroso, el pasillo se represente todos los días.

Este remedio, que no es peor que la enfermedad, dicho sea para honra y gloria de los boticarios, es el bicloruro de oro.

El doctor Keely, que es el Garrido de la panacea, tiene en la actualidad sometidos al tratamiento de su invención á unos 500 enfermos... por no decirles otra cosa, y garantiza la curación del 95 por 100 de ellos, dándoles á todo pasto su bebida favorita (no la de él ¿eh?) y usando al mismo tiempo que del *similia similibus*, de las inyecciones hipodérmicas del bicloruro.

Lástima que el remedio del bicloruro de oro nos haya llegado tan tarde; precisamente cuando no tenemos oro ni para un remedio!...

A falta de novedades en esta tierra de garbanzos, donde ni siquiera es nuevo el desacierto de Cánovas, tenemos que buscar las del extranjero, si no hemos de hablar á ustedes de cosas tristes, que por ahora las dejamos para los Silvelas.

En Londres está llamando la atención la *mujer magnética*; una mujercita pequeña, capaz de vencer á cien hombres juntos, no por ser mujer, que eso pueden hacerlo todas las mujeres, sino por la fuerza magnética de que entre el asombro de los sabios y de la ciencia está dotada.

Aparte de que como todas las mujeres puede atraer á un hombre con una mirada, atrae una aguja con los dientes; no puede gastar reloj, no porque gastándole no puede dar hora á todos sus amantes, como muchas mujeres hermosas, sino porque, en virtud de la fuerza magnética que posee, salta el muelle del mejor reloj solo con que ella le toque; y ha luchado en público con los hombres más fuertes del mundo, y los ha vencido sin hablar, sin mirarlos siquiera, con la fuerza material únicamente, cuando, como todas las demás, podía haberles vencido solo con una palabra ó una mirada ó un suspiro...

¿Habrá llegado el día, en que según el evangelista, tendrán que subirse los hombres á los árboles huyendo de las hijas de Eva?

No por nada ¿eh? pero... ¡si yo supiera cuál es el árbol más alto!...

MARIO.

NECESERES DE CAMPAÑA, *por Lago*



El soldado francés



El soldado alemán

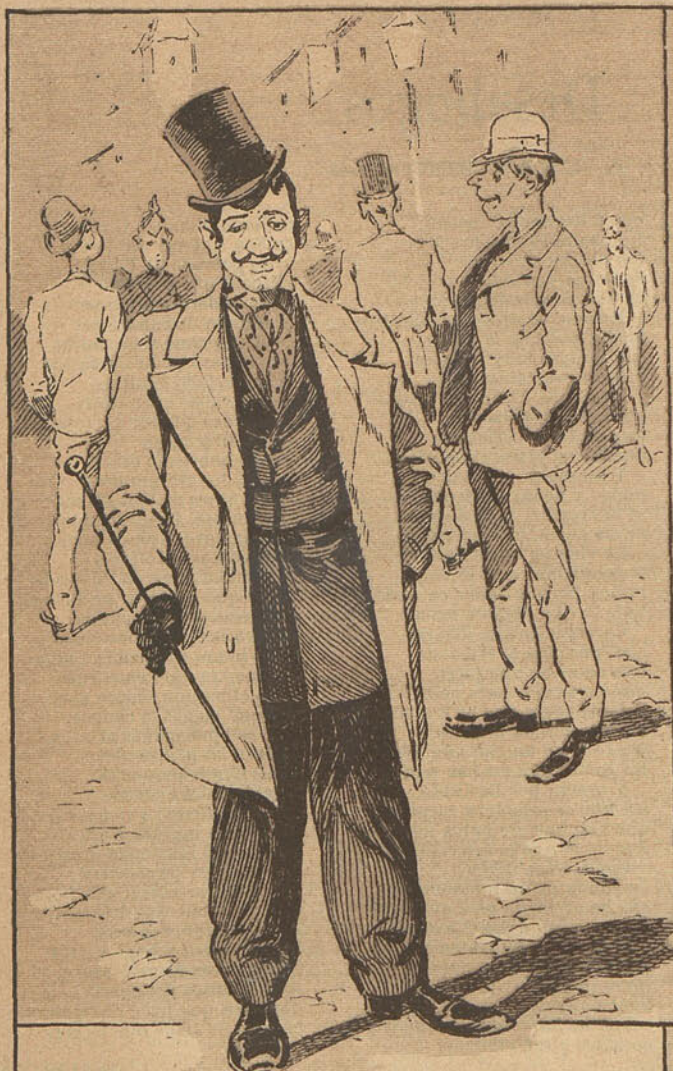


El turco.



El español.

CANTARES DE INVIERNO, por Cilla



Por algo habrá dicho aquella
cuando la he mirado yo:
«se conoce que a estas horas
salen los guapos al sol.»



Está visto que en el mundo
no hay nunca dicha completa,
ahora que tengo el gabán
no tengo las dos pesetas.



Salé a paseo completa
la familia de Blas Berro:
el marido, la mujer,
y el chiquirritín y el perro.



Si fuera verdad que Dios
da siempre ciento por uno,
¡cuánto le iba yo a querer
Si me pidiera mil duros!

Desahogos

A UNAS SEÑORAS.

Versos me pedís y á fé
que el apuro no es formal,
porque yo versos haré,
salgan bien ó salgan mal.

Desoir no quiero ingrato
vuestra honrosa invitación,
mis versos son mi retrato,
mi sér, mi conversación.

Ni yo describo aventuras,
ni relato cataclismos,
ni me subo á las alturas,
ni me bajo á los abismos.

Ni soy de los que maldicen,
ni digo que no hay remedio...
busco la virtud, que dicen,
que está en el término medio.

Así sueña á todas horas
mi mente asuntos diversos,
y en este estilo, señoras,
hago el amor y hago versos.

Cosas del mismo sabor,
ideas del mismo giro,
porque el verso es una flor
y el amor es un suspiro.

Dulce emanación bendita,
breve, fugaz, tentadora,
porque la flor se marchita
y el suspiro se evapora.

Resignado me acomodo
á este oficio dulce y grato,
porque á mí me gusta todo
lo que dura poco rato.

Tanto, que de buena gana
cambiaría en mi interés,
de amigos cada semana,
y de novia cada mes.

A este criterio me ajusto,
irreprochable, sin par;
en lo variable está el gusto
y á mí me gusta variar.

Sonar con el mismo talle,
sentir la misma afición,
y rondar la misma calle

cerca del mismo balcón;

Aguantar todos los días
esa obligación cruel
de llenar de tonterías
cuatro pliegos de papel;

Mirarse en dulces conciertos,
hablar poco en la visita,
con los ojos muy abiertos
y con la voz muy bajita;

En pos de amables venturas
ser en la revuelta lid
una de tantas criaturas
que hacen el oso en Madrid;

Y así seguir la corriente,
dudas y penas sufriendo...
ni es regular, ni es decente,
ni me gusta, ni lo entiendo.

La vida ya no es misterio,
la condición no se doma,
ni hay porque tomar en serio
todo lo que pasa en broma.

Carácter, génio, firmeza,
son, por cosa averiguada,
tres cosas en una pieza
que no sirven para nada.

De la gente que he tratado
en este mundo bendito,
guardo con mucho cuidado
las cartas que me han escrito,

Y veréis, por Barrabás,
sin que os produzca sorpresa,
que ninguno me habla más
que de lo que le interesa.

Una famosa mujer,
(es viuda de un intendente)
«Se ha olvidado usted que ayer
fué mi santo... San Vicente.

Ni un recado de atención
y esperándolo tres horas»,
¡pero qué poca aprensión
tienen algunas señoras!

Viernes Santo «Ten memoria,
no faltes y ten cuidado;

mañana pido con Gloria
en San Antonio del Prado.»

Un párroco de lugar:
«Espero que por usted
me mandarán predicar
el sermón de San José».

«A tu prima y mi mujer
que es para pedir cobarde
le ha gustado el alfiler
que llevabas ayer tarde.

Y tienes que ser galante
y remitirselo, ya
que la pobrecita está
en estado interesante».

Dos niñas de ojos serenos:
«Seliembre, Fuenterrabia;
le echamos á usted de menos
porque nos entretenía».

Afirmándome en mis trece
dejad que acabe en un brinco;
para muestra me parece
que ya basta con los cinco.

No habrá un criterio jamás
de vuestra vida en el roce;
todo el mundo espera más
del que menos le conoce.

Y así, por mañas arteras,
buscan las gentes alevés
diversiones pasajeras
y felicidades breves.

No existiendo quien atrape
la fortuna ingrata y vil,
nos vamos muriendo á escape,
viviendo en ferro-carril.

Y al mirar correr mis horas
con pensamientos diversos,
en este estilo, señoras,
hago el amor y hago versos.

Dos flores de primavera,
dos impulsos del querer,
dos cosas que hace cualquiera...
cuando no tiene que ha cer.

C. SOLSONA.

En el tranvía

—Señora: es Vd. divina.

—Caballero: no le conozco á Vd.

—Esto no obsta para que sea Vd. divina.

—Soy casada, caballero, y hágame Vd. el favor de no hablarme, porque en la plataforma de atrás viene un caballero amigo de mi marido.

—Nada de eso impide que sea Vd. la mujer más graciosa de este mundo.

—¡Jesús! ¿dónde he echado el portamonedas?

—¡Ah, señora! no se moleste Vd. ¿A dónde va Vd?

—Caballero, por Dios; no lo permito.

—Cobrador, cumpla Vd. su deber; cobre Vd.

—¿A dónde va Vd., señora? A la Cibeles?

—No, señor, nó: á la calle de Serrano. ¡Ah aquí está ya el portamonedas.

—Ya está pagado, señora.

—Caballero, tome Vd., tome Vd. el real.

—¡Señora, por favor!...

—Sí, señor; tome Vd. el real...

—¿A qué número de la calle de Serranos va Vd?

—No le importa á Vd., caballero.

—Perdone Vd., señora.

—¡Eh, cobrador, que paren en el 99!

—Ya sé donde pasará el resto de mis días, señora; enfrente del 99 para ver á Vd. alguna vez.

—¡Jesús!

—Ya no me conoce Vd., López?

—¡Ah, señora... ¡Angela!

—¿Tan vieja estoy?

—Cá, ¡por Cristo! es que como trae Vd. el velo echado... ¡Cuánto tiempo que no veía á Vd.!

—Sí, desde que murió González apenas salgo de casa. Ahora, porque voy á la calle Ancha, á la pagaduría á pasar la revista. Es muy duro esto de que á la viuda de un consejero de Estado le pasen revista como á un recluta.

—Pues allí voy yo también: estoy empleado en la sección de Propiedades. Es la sección que más me gusta; ya que no tengo ninguna propiedad, me entretengo en pensar los millo- nes que tendría si el Estado me regalara las suyas.

—¡Qué tiempos aquellos, López!

—No los he olvidado. Vd. me plantó por González.

—Hijo, Dios lo quiso, pero me he acordado mucho de Vd.

—Hizo Vd. muy bien en casarse con él. Conmigo no hubiera Vd. tenido más ventaja que no estar viuda ahora; pero tampoco tendría Vd. viudedad ahora ni luego.

—¿Vd. no se ha casado al fin?

—No, señora: hay que casarse al principio, porque al fin no tiene ya mucho atractivo, que digamos, el matrimonio.

—Vaya Vd. á verme, hombre; supongo que ya le habrá pasado á Vd. el enojo.

—¡Oh, sí, ya lo creo que se me ha pasado! pero como Vd. era una gran señora, una consejera nada menos, y yo no he llegado más que á 12.000 reales tristes...

—¡Ay, hijo! de poco me ha servido; González, Dios lo tenga en gloria, se lo gastaba todo, y más que hubiera, en médicos y viajes á baños y aguas sulfurosas. ¡25 años enfermo! No sabe Vd. lo que yo he pasado.

—En eso también le llevo yo ventaja, porque tengo una salud de hierro. En 11 años de empleado he sufrido 7 cesantías!... ¡si tendré buena constitución!

—Pues, amigo López, en la calle del Ave- María, á la entrada, el portal junto al estere- ro, cuarto 3.º, tiene Vd. su casa. Hijo, he tenido que reducirme, porque para mí y las dos chi- cas, con lo caro que está todo, y que tenemos que presentarnos como corresponde, crea Vd. que no nos basta.

—Adiós, Angelita; que sigas buena; me pa- rece que podemos tutearnos como antes de la aparición de González, y puesto que ya ha desaparecido...

—¡Anda, malo!

—Caballero, esta peseta no me gusta.

—Es buena.

—Sí será, pero á mí no me gusta. Hay cosas buenas que no gustan á todos.

—Pues esta mañana me la dió otro cobrador en el cambio de medio duro; otro cobrador de la misma empresa.

—No diré que nó; pero cada cobrador, como cada quisque, responde de sus actos.

—Parece que es Vd. un poquito insolente.

—No, señor; no parece eso. Lo que parece es que me da Vd. una peseta falsa.

—Vea Vd. lo que dice.

—Vea Vd. la peseta.

—¿Vd. por quién me toma?

—Por un sujeto que va en el tranvía y me tiene que dar 10 céntimos por ir hasta la plaza de Antón Martín.

—Pues me cambiará Vd. un billete de dos mil reales.

—No tengo tanto cambio.

—Pues tome Vd. la peseta.

—Es mala.

—Entonces me bajaré.

—¡Yo lo creo! Ya vamos á llegar á Antón Martín.

—No, señor, nó; yo bajaré á la carrera.

—Así se cayera Vd. de bruces.

—¡Cá, hombre! Si tengo yo un tino!

—¡Pues no se va riendo el pillete!

—Oye, mamá.

—¿Qué?

—Que ese que ha entrado es el que se me declaró el otro día.

—Pues tú verás.

—Hazte la distraída, porque si nó, puede que no se atreva á hablarme.

—Bueno, pero tú no hagas más que oír.

—Señorita: ¿ha pensado Vd. ya sobre lo que le dije en el tranvía el domingo!

—Yo...

—Me prometió Vd. decirme hoy...

—Pues... como Vdes. los hombres son tan engañosos...

—Señorita, mi amor es puro.

—¡Ay, puro!... ¡A cuantas se lo habrá usted dicho!...

—A Vd. sola... ¿Cómo se llama usted?

—Solita.

—Bonito nombre; pero Vd. es más bonita.

—¡Jesús! ¿Y usted?

—Bueno.

—Nó, no pregunto eso.

—Es que me llamo Bueno. Julio Bueno.

¿Conque podré esperar...?

—Bueno.

—¿Qué?

—Nó; digo que sí.

—¡Ah, divina! ¿Y cuándo nos veremos?...

—Por ahora, los días de fiesta, después de mi- sa de dos en el Buen Suceso.

—Eso es lo que yo quiero, buen suceso... Quiere decir que vendré á oír misa primero y después á oír á Vd. y á adorarla... Tome Vd., co- brador: por la señorita, su mamá y yo.

—Falta dinero.

—¿Cómo?

—Sí, señor; de Pozas á Salamanca, seis rea- les por tres personas.

—Ahí tiene Vd.

—Mamá: este caballero ha pagado nuestros asientos.

—Caballero, de ningún modo; ¡no faltaba más!...

—Señora, no merece la pena.

—Tú, ¿por qué lo has permitido?

—Estaba distraída, mamá.

—¡Válgame Dios, qué vergüenza! muchas gra- cias, caballero, pero lo siento, lo siento mucho.

—No vaya Vd. á tener un disgusto, señora...

—Sí, señor; lo siento. Esta tiene la culpa.

EXPOSICION DE BELLEZAS, *por Escaler*



BELLAS ARTES, POR ESCALER.



La venganza del amor

(CUADRO DE E. GRIVAZ)

—Mamá, si yo no he visto...
 —Solita, estoy muy contento.
 —Y yo lo estaré, si me quiere Vd. á mi *solita*.
 —¿Y ya no nos veremos hasta el domingo?
 —Sí; en la calle, cuando salga con mi mamá.
 —Siempre con mamá!
 —Siempre. Así se acostumbrará Vd. á amarla como á una madre.
 —Yo mejor quería ver á Vd. *solita*.
 —¡Ay no, eso no!

**

—¿Qué es eso, caballero?
 —Mire Vd.: que me han quitado el reloj.
 —¡Ah! Eso ha sido al subir Vd. en la calle de la Montera, que bajaban dos al mismo tiempo. ¿Se acuerda Vd?
 —Sí, señor, sí.
 —Pues aquellos han sido.
 —Oiga Vd., guardia: me han quitado el reloj al subir al coche.
 —¿Sí?... ¿Y quién ha sido?
 —Pues unos sujetos que bajaban cuando yo subía, según dice este caballero.
 —Tenían mala traza.
 —¡Es una gracia! Robarme el reloj cuando

va en el coche un guardia de orden público.
 —Pues qué ¿ cree Vd. caballero, que á mí no me robaron el mío el otro día?
 —¿A usted, guardia?
 —A mí, sí, señor; en este coche me lo robaron. Han sido aquellos dos que bajaban cuando Vd. subía. ¡Eh! conductor, pare Vd. Beso á Vd. la mano, caballero. Deseo que recobre Vd. la alhaja.
 —Gracias, muchas gracias.
 —(Pues señor, lo menos me dan por el 20 duros. No se ha perdido el día.)

**

—¿Quiere Vd. que pare?
 —No, hombre, no. Yo sé bajar andando el coche, ¡si es lo más fácil.. Verá Vd. No hay más que dejarse ir en la misma dirección que va el coche.
 —Cuidado, no vaya Vd. á caer.
 —¡Cá, hombre!.. ¡Allá voy! Agur, señores.
 ¡María Santísima!
 —¡Se estrelló!
 —¡Qué barbaridad! ¡Qué golpazo!

CARLOS FRONTAURA

Sobre la mujer

—:—

A Marcelina.

Muchos sabios han tratado de estudiar el delicado problema de la mujer, y ninguno lo ha sacado, á mi manera de ver.

Médicos de mucho seso dan como verdad de peso (¡perdónalos, Marcelina!) que ha poco seso; pero eso, sin estudiar medicina ya me lo sabía yo.

¿Quién es la chica que no (cuando á enamorarse empieza) tiene, ¡virgen de la O!, á pájaros la cabeza?

¿Y cuál será la casada ó la vieja endemoniada que, al pensar en los amores ¡ay! de otros días mejores, no esté así como chiflada?

Y en conclusión: ¿qué mujer es la que se va á poner donde haya unos pantalones, (si no es que falta coser en los misenos los botones?)

¡Y aun hay sabios (mal habidos), terror de muchos maridos,

que han soltado la andanada de que, formando partidos, podría ser *diputada*.

Bonito papel haría á veces su señoría la *tía ministra* de Estado, si el suyo, que ser podría, estaba algo adelantado.

Entonces y con razón la prensa de la nación lanzaría á cada instante: «Tal *ministra*, en cual sesión, ha estado hoy interesante.»

No falta sabio eminente, hasta la pared de enfrente, que las quiere hacer doctoras en medicina... ¡valiente sabio estará ese, señoras!

Esto, por mí, cuando quieran: como si ustedes lo vieran, yo me voy á poner malo.

¿Qué podrá ser? ¿qué se mueran todos los enfermos? ¡Palo!

Cuando me tome la mano, algún galeno gitano de la raza femenina, le pido... la medicina,

y en cinco minutos, sano.

Y aunque curase su ciencia de momento mi dolencia, el alma, con impiedad, me dejaría su ausencia hecha una calamidad.

Por eso, yo, que no soy sabio como los que hoy principian á florecer, mi voz y mi voto doy en contra de la mujer,

que ve en el *universal sufragio*, por nuestro mal, la madera ya labrada que sirva de pedestal á la mujer *diputada*.

No, señoras; la misión de ustedes en el fogón es donde está, á mi entender, y en la sana educación de sus hijos. A coser,

que he visto mucho casado que llevaba estropeado no poco el pantalón... ¡Y... mientras no se zurza, si que está el Congreso cerrado!

J. PEÑAFLORES DE GÁLLEGO.

Mi opinión

(A MI QUERIDO AMIGO MAURICIO GERBOLÉS.)

¿Conque has logrado alcanzar el *Grado* ya? ¡gran bribón! ¡Contento debes estar puesto que te puedes dar a respetar... por el *Don!* No sabes lo que me agrada que hayas obtenido el *Grado*, cosa por tí deseada, aunque realmente no es nada con lo demás comparado. Pues tú, amigo Gerbolés, como es lógico sabrás, que el *Bachillerato* es un mito, porque después hay que estudiar mucho más. Y puesto que es verdadera nuestra amistad, sin perjuicio de que obres á tu manera, voy á hablar de la carrera

que te conviene, Mauricio. ¿Maestro? ¡No; eso es herir tu amor propio; si señor; pues como ibas á vivir?... ¡Tendrías, que competir con Succí el ayunador!... ¿Sacerdote? ¡Qué locura!... ¿dices que sí?... ¡poco á poco; teniendo tú esa figura, ¿has pensado hacerte cura?... ¡Vamos hombre, tú estás loco!... ¿Militar? No piensas mal, porque te sobra valor; pero yo creo, formal, que tú querías mejor empezar por General. ¿Abogado? ¡Mal oficio; aunque sea de tu agrado, no te conviene Mauricio;

pues si fueras abogado tal vez perdieras el juicio! Marino; ¿piensas en ello? ¡Pues maldigo tus manías, porque aunque el mar es muy bello, al navegar estarías siempre con el agua al cuello!... ¿Médico? ¿Dices que sí? pues no hagas tal; te lo digo: tú no eres tan feo y se morirían por tí las muchachas, caro amigo. ¿Y veterinario?... ¡Cál! no te hagas veterinario... ¿Quieres mi opinión? ahí vá: ¡Tú debes estudiar la carrera de millonario!...

ABRAHAM LIMORTI.

¡Si Jeunesse Savait!

Hay muchas cosas en el mundo que no comprendo absolutamente, en parte por mi poco alcance intelectual, y en parte por la incomprendibilidad misma de esas cosas. Hago esfuerzos sobrehumanos buscando el sentido, la razón, la causa de ellas, y mi espíritu queda tan á oscuras como la honorable asamblea que presidía el mono de Florián en la famosa sesión de la linterna mágica.

Yo no entiendo, por ejemplo, lo que han querido decir la mayor parte de los filósofos alemanes. En esta deficiencia mía entra en mucho mi educación. He crecido leyendo libros tan bellos como claros: mi espíritu se ha enamorado de la luz y vive en el horror de las tinieblas.

Otra cosa que entiendo, porque veo, pero que no me explico, es ese fenómeno moral que los franceses han caracterizado admirablemente en esta frase gráfica: *¡Si jeunesse savait!* Es una contradicción de la naturaleza consigo misma.

Espero que ustedes no tendrán inconveniente en creer que ha habido una época en mi vida, más ó menos lejana, en la que yo contaba diez y seis años, edad que todos envidian cuando la han pasado... envidia que entra en la categoría de las cosas que no comprendo.

Yo tenía una vecina, á más de mis diez y seis años; mi vecina tenía veintiocho, aunque se había plantado en los veinticuatro, y era bien parecida, y, sobre todo, me producía ese efecto magnético que ejercen las mujeres que se encuentran en el vigor de la vida, sobre las naturalezas jóvenes que empiezan á entrever ciertos mundos en los ímpetus irresistibles de una imaginación que quiere ensayar sus alas.

Mi vecina era italiana y bastante romántica; pero con ese romanticismo que se traduce en trajes sueltos y vaporosos, en miradas lángui-

das de aspiración continua, en posiciones somnolientas y en arranques poéticos de imaginación sobreexcitada.

Como esto sucedía en una quinta donde había ido mi familia á pasar el verano, me era fácil observar á la italiana en sus paseos vespertinos, por una hermosa calle de álamos, abierta en el seno de un profundo bosque de melancólicos sauces, aspirando las auras de la hora tranquila en que se adormece la naturaleza.

Generalmente, mi punto de observación era una pared baja, que dividía nuestros respectivos dominios, y á la que trepaba con grave riesgo de trabar un serio altercado con unos malditos fondos de botellas rotas, que habían puesto allí, como guardianes leales contra los nocturnos merodeadores de fruta. En mi infantil inexperiencia y con el sentimentalismo poético que domina siempre los corazones jóvenes, confundía los álamos con acantos, los sauces con mirtos y las agrestes madre selvas que se elevaban apoyadas en los undosos troncos, con los rosales hendecidos de las orillas del Cefiso; la italiana me parecía tener una extraordinaria semejanza con Venus, y hubiera dado cualquier cosa porque un amigo me hubiese detenido en media calle para decirme, mirándome entre los dos ojos: «¡Hombre! ¡cómo te pareces á Anquises!»

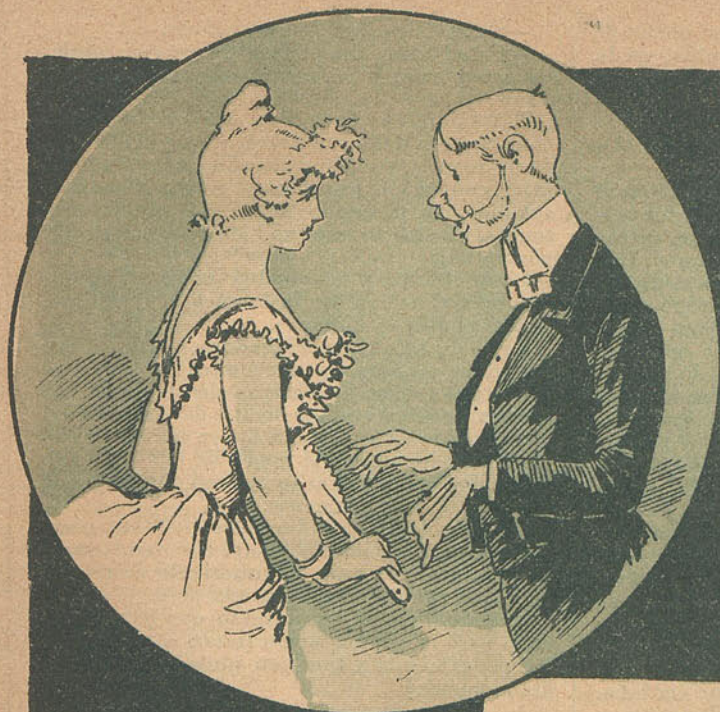
Dos palabras harán comprender estas reminiscencias helénicas: era el mes de febrero y dos meses antes me había examinado de historia griega.

No crean ustedes que yo estuviera enamorado de la italiana que se hacía llamar poéticamente *Gemma*, no; pero era tan buena moza, tan bien formada, tenía unos grandes ojos negros tan brillantes, era su boca tan fresca y rosada, sus dientes tan blancos y deliciosos, que cuando la miraba, sentía correr dentro de mí algo como lo que sentimos discurrir por nues-

A BORDO, por Fradera



—Tenga V. la bondad de pasar a proa, porque con esas orejas nos veríamos negros para virar.

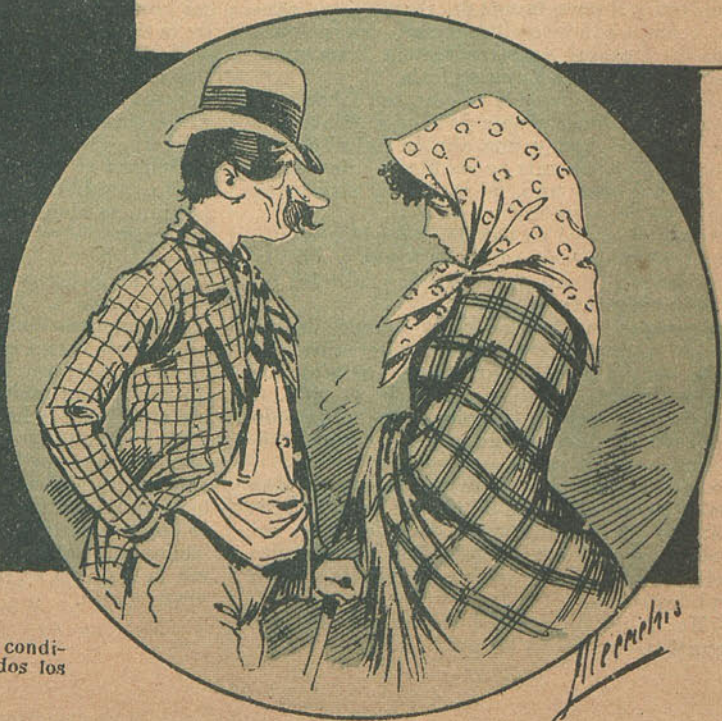


—Crea V. que querría ser mariposa para poder liban en esas flores
—¡Ay, Pepe! Pero si me parece que no liban las mariposas...
—Bueno; pues uno de esos animalitos que liban

Lo que le he dicho yo: si *acepto* sus condiciones y mato en la novillada por veinte duros, si contamos los revolcones y las cornadas, no salgo a dos pesetas por suerte... Y ¡vamos! que *pa* eso, primero vende el *Guapo* su carne *pa* almondiguillas!



—La virtud de las mujeres!
¡Si quisiera uno abusar de sus condiciones y sacara este abrigo todos los días!...



—¿Y como es que no has venido en todo este tiempo? ¿No decían que estabas *empleao* en la cárcel?
—Sí; solo que estaba *empleao* por dentro, y... ¡vamos, que no sabes tú lo gordas que son aquellas rejas, vistas por dentro!...

tras venas durante el sueño de una noche de enero, después de una opípara comida, en la que hemos tomado trufas de Perigort u ostras frescas de Marennes.

Gemma me conocía, y siempre que me veía pasar me saludaba con cierto aire de amabilidad que halagaba mi joven vanidad.

Una tarde hacía un calor sofocante. Se sentía venir una de esas noches lascivas de los trópicos, en las que la naturaleza entera se entrega á los transportes deliciosos del amor. Las aves trínaban lánguidamente; el murmullo de los insectos de la noche subía en un tono acorde, suave, y se confundía con el lejano rumor de una brisa imperceptible, vagando entre los árboles. La naturaleza empalidecía de placer, absorbía la voluptuosidad, como dice Musset. Todo convidaba al reposo, desde las serenas nubes que se deslizaban por el cielo dormidas sobre las alas del viento, hasta la callada superficie del estanque, en el que algunos cisnes flotaban como blancos capullos de espuma, con la cabeza escondida bajo el ala protectora.

En el comedor había dejado á mi padre tendido en un sofá, cerrados los ojos y con una vaga expresión de recuerdo extendida sobre su fisonomía, soñando en las delicias de su pasada juventud; mi padre adormecía un niño entre sus brazos, cuyo suave respirar halaga el corazón; mis hermanas, recostadas en una ventana, cuchicheaban entre sí, contándose las íntimas y misteriosas aspiraciones de sus almas candidas.

Yo vagaba por el jardín, perdido en las regiones de las ideas maravillosas: soñaba en las riquezas, en la gloria, en las batallas, en la infinita sabiduría y en los desconocidos encantos del amor. De pronto sentí el preludio suave de un armonium y á poco la voz de Gemma que cantaba, acompañándose ella misma, esa melodía divina de Rossini que Desdémona llora en su Oteló: «*Asisa al pie d' un salicel*»

Subí á mi atalaya y la oí con esa mezcla de curiosidad y placer propia de la edad. Entonces tenía yo buena voz y una afición tal al canto, que era el azote de mis pocos flarmónicos amigos; aún hoy hay uno, para quien, en ciertas horas soy insoportable.

Gemma concluyó su balada y quedó pensativa: reclinó su cabeza sobre su brazo y sus dedos reposaron silenciosos sobre las calladas telas del armonium.

Juzgué que había llegado el momento de dar mi golpe, y con voz suave, pero penetrante, entoné la serenata del *Barbero de Sevilla*. Le gustaba Rossini y quise regalarle el oído. A mitad de mi canción, Gemma, que había oído asombrada, se levantó de pronto y vino derecha á mí.

No quiero mentir: tuve un ímpetu de dar un salto para el lado de mi casa y salir á la carrera: me detuvo una seria consideración: mi posición topográfica. Cualquier movimiento habría producido una desagradable impresión de vidrios rotos.

—¿Me había oído usted cantar, joven? me preguntó Gemma con lánguida voz.

—Sí... señora... balbuceé cortado.

—Usted tiene una bella y fresca voz: ¿quiere usted bajar y procuraremos armonizar un duo?

Estas palabras de la bella italiana fueron dichas con tan deliciosa dulzura, que cualquiera de ustedes, y yo mismo hoy, hubiera dado un salto, contra vidrios rotos y marea y caído á sus pies, murmurando una dulce súplica. Entonces, yo era un cretino. Me hice de rogar y por fin bajé.

La di el brazo y me condujo al banco en que reposaba el armonioso instrumento. Decidimos cantar el duo de *Fausto*.

La noche estaba embriagadora: la sangre hervía en las venas y los pensamientos brotaban del cerebro, como las chispas eléctricas de las puntas metálicas en las noches de tempestad.

Gemma tenía su mirada fija en mí: me envolvía en ella, y allá en el fondo de sus ojos brillaba algo como un fuego intenso que me hacía estremecer deliciosamente.

Después de un preludio dulce, inefable, como sólo los escribe Gounod, canté con voz bastante baja, pero con todo el sentimiento de que era capaz, el *Dame ancor* del tercer acto.

Cuando llegué á aquel verso que parecía escrito para la circunstancia (tanto interpretaba mi pensamiento y tan bien pintaba la escena del momento)

*Al palido chiaror
Que vien dagli astri d' or
E posa un lieve vel
Sul volto tuo si bel,*

los ojos de Gemma se cerraron, sus manos dejaron morir suavísimamente las últimas notas de la melodía y su bella cabeza se reclinó sobre mi hombro, embriagada por la voluptuosidad de la noche.

Me estremecí y un torrente de llamas corrió por mis venas: mis labios buscaron instintivamente los labios de Gemma y sentí grabarse en mi memoria el recuerdo del primer beso de fuego!

Gemma se levantó, y mirándome de cierto modo, suplicándome con sus ojos solicitara perdón, se alejó poco á poco, como un fantasma vago que se aleja pesaroso del mundo de la luz.

¡Yo no la detuve!

Aún siento cólera al recordarlo; tengo, ó más bien, tenía en mi casa un retrato mío sacado en esa época, que ha pasado un sin número infinito de humillaciones: le he puesto colorete en las mejillas y le he peinado con raya al medio.

Hoy cuando paso por alguna galería y veo una de esas espirituales caricaturas francesas, representando un joven tímido al lado de una bella mujer exuberante de vida y de deseo, siento en el alma una sorda cólera retrospectiva y reflexiono sobre la profunda verdad que encierra la fórmula de la estupidez infantil: *¡si jenne savait!*

MIGUEL CANÉ.

En la Barbería

—¿Usted vá á servirse?—Sí.
—Pues cuando V. guste.—(¡Vaya! Por fin me ha llegado el turno, después de dos horas largas.)
—Y qué vá á ser?—Pues cortarme el pelo.—Bien. ¿Y... la barba?
—Recortármela también.
—De modo que recortarla.
¿En la forma que está?—Sí.
—¿La quiere cortita ó larga?
—Regular.—¿Y el pelo, cómo lo quiere?—De prisa.—¡Vaya si estará! Pero yo digo, si lo quiere V. con raya ó...—Como está.—Es lo mejor; le agracia mucho la cara; le favorece á usted mucho el pelo así.—Muchas gracias. (¡A ti si que te favorecería una mordaza!)

—¿Qué decía usted?—Que tengo prisita, ¿eh?—¡Pues no faltaba más! ¡lo acabaré volando!

—(¡La paciencia si que acabas!)

—¿Qué mal tiempo! ¿eh?
—¡Sí!... (silencio.)

—¡A ver! Suba usted la espalda...
—¡No apriete usted tanto!—No!... Si no aprieto casi nada.

—Es porque se arruga el cuello de la camisa y es lástima...
—¡Ca! Ya tengo yo cuidado...
—¡A ver! un poco más alta la cabeza... —¡Vive Dios!... (Segundo y medio de pausa; en vez de cortarme el pelo parece que me lo arrancan.)

—Mire V.: si le es lo mismo, puede dejar esa máquina!
—Eso debe andar muy mal!
—¿Qué ha de ir mal? Si es automática! (tica!)

—¡Si corta mejor el pelo que los cuchillos el agua! Las han traído de París hace dos ó tres semanas...
—¡Bueno! pues aunque no hubieran venido, no hacían falta.
—Ya verá V...—¿Que no quiere!

—¡Las tijeras!—Pues es lástima, porque entonces tardaremos quizá un poquito más.—(¡Nada!)

—¡La última vez que me corto las melenas y la barba, aunque al andar me las pise, si no me las corto en casa!)

—¿Va ahora bien?—¡Pché! regular. (Otro segundo de pausa.)

—¿Y qué hay de nuevo?—No sé.

—Hace calor ¿verdad?—Que haga.
—¿Le gusta á usted el frío?—Sí!
—Y ¿de la crisis qué se habla?
—¿No sabe V. si entra...?—No.
—¿Si saldrá...?—Ni una palabra.
—¿Ha ido usted á ver á Guerrita?
—No.—¿Cómo estaba la plaza!
—¡Y qué bien lo hace ese chico!
—¡Vamos! ¡qué cojer la capa así...!—Mire usted: podía explicarlo con palabras porque es tarde y... —¡Aún es pronto!

—¿Qué ovación! ¡Ni la Nevada!
—Y a propósito! ¿Ha ido usted á ver esa obra estrenada el otro día...?—No (¡Hum!...)

—¡Esto ya ni Job lo aguanta!...
—¿De veras no ha ido?—¡Que nó!
—Pues es una cosa rara!
—¡Ni quiero ir!

—¿Que nó!... ¿Y por qué?
—¡Porque no me dá la gana ¡hombre! ¡que esto es el infierno, y no puedo ya con mi alma!

—¡O se calla usted ó le rompo de un puñetazo la cara... que yo vengo á que me afeiten ¡pero no tanto, caramba!

MARCIAL DE LOS RÍOS

BOTICA

Vdes. ya sabrían que Mr. Armstrong queria entablar un proceso por adulterio entre su esposa Mad. Melba y el joven duque de Orleans; ¿verdad?

¿Y estarían Vdes. impacientes, deseando que llegara el momento en que la culpable esposa y el infame seductor encontraran el merecido castigo, y el desgraciado esposo lavara la mancha de su honra?

Pues tranquilícense Vdes. y no sufran más pensando en la *vendetta* del marido ultrajado; Mr. Armstrong desiste de su idea, mediante la suma de 250.000 francos.

Parece mentira ¿verdad?

Y va de tipos.

La Adela Nieldu, de la compañía italiana de Franceschini, se ha fugado de San Sebastián con un joven de quien estaba enamorada.

¿Y saben Vdes. á donde ha ido á parar después de una luna de miel... llena de miel? Pues á Madrid, á decirle al juez que aquella miel le ha salido un poco cara, porque, además, se le ha llevado el *interfecto* unas sortijas que valían 8.000 pesetas.

Lo que decía Sócrates: *aliquid chnpatur.*

Ha aparecido el trancazo en Bilbao, y el consiguiente sustazo les ha dao:

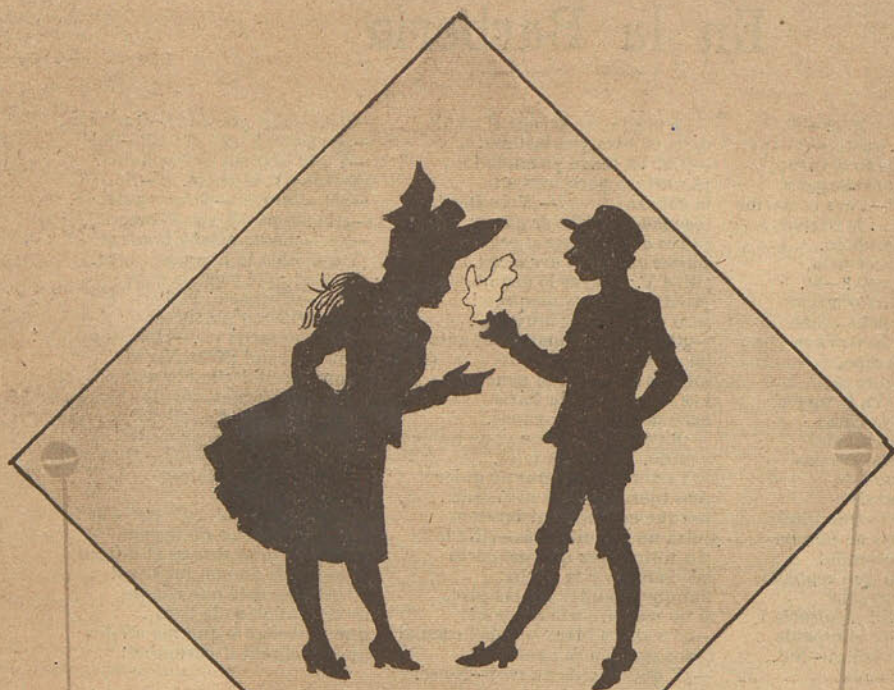
¿Trancazo y conservadores, han dicho allí, de una vez? Esto si que ya es, señores, sudar pez...

Pero se han tranquilizado, al pensar todos les que lo han pasado, que... lo han podido pasar!

Desde el número próximo, y para que en la *Botica* de LA MOSCA haya de todo, como en botica, dedicaremos una sección á contestar á los señores que nos honren remitiéndonos composiciones ó dibujos.

Y ya verán, por las trazas, si será nuestro Buzón en lo de dar calabazas... ¡de pistón!

FIN DE SIECLE, *por Cilla*



—No, hijo, no; yo ya estoy desengañada de los hombres y todo eso son palabras vanas; ó empieza V por llevarme á la vicaría... ó no empezamos!

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO